

mances del Valiente Francisco Esteban, más otro del Castigo que Dios obró en un mal hombre por haberle quitado la vida a otro para robarlo. Imprenta de Francisco de Rivera Calderón. Año de 1717.”⁸

También podría considerarse como ejemplo el romance tradicional el de “La esposa infiel”, que aparece en México bajo diversas formas, siendo una de las más populares la que asume en el corrido intitulado “De la desgraciada Elena”:

—Vengan todas las casadas
a tomar ejemplo de mí,
si no viven arregladas,
morirán como yo aquí.

Entre los verdaderos corridos hallamos una rica vena de ejemplos. La mayor parte de ellos son contra la desobediencia, y en especial contra los que desobedecen los consejos de la madre. Este es precisamente el caso de Rosita Álvarez:

Su mamá se lo decía:
—Por andar de pizpireta,
se te ha de llegar el día
en que te toque tu fiesta.

y el de Reyes Ruiz:

Vuela, vuela, palomita,
párate en aquella higuera;
que consejos de una madre
debe atenderlos cualquiera.

Con menos frecuencia el hijo desobedece los consejos del padre:

Decía el mentado Felipe:
—Yo vengo porque las puedo,
sin permiso de mi padre
he venido al herradero—.

Ahí le contesta su padre:

—Hijo, no seas altanero,
no vengas aquí a pelear,
anda vete pa'l potrero.

—Hágase de aquí mi padre,
vengo más bravo que un león,
no quiera que con mi daga
le traspase el corazón.

—Oyeme, hijo querido,
por las palabras que has dado:
antes que Dios amanezca
la vida te habrán quitado.

Y a ese mentado Felipe
la maldición le alcanzó
y en las trancas del corral
el toro se lo llevó.

Muy frecuentes son también los ejemplos contra los vicios, y especialmente contra la borrachera. El clásico corrido de esta naturaleza es el “De José Lizorio”:

Un domingo fué por cierto
el caso que sucedió,
que el joven José Lizorio
con la madre se enojó.
Señores, tengan presente
y pongan mucho cuidado,
que este hijo llegó borracho
y a su madre le ha faltado.
Señores, tengan presente
y pongan mucho cuidado,
que porque era muy borracho
a su madre la ha golpeado.
Señores, naturalmente
la madre se enfureció,
alzó los ojos al cielo
y fuerte maldición le echó.
—Quiera Dios, hijo malvado,
y también todos los Santos,
que te caigas de la mina
y te hagas dos mil pedazos—.
El lunes por la mañana
a la mina se acercó
y le dijo a su ayudante:
—No quisiera bajar yo—.
Al empezar la escalera
allí se desvaneció
y el pobre José Lizorio
en el fondo se estrelló.⁹

Volviendo al ejemplo en prosa, y en particular al publicado en hojas sueltas por Antonio Venegas Arroyo, Eduardo Guerrero, A. Reyes y otros editores de literatura popular e ilustrados por Posada o algún otro artista popular, descubrimos que son éstos los más acendrados ejemplos del género. En ellos se moraliza, por lo general, contra la avaricia, la lujuria, la pereza, la gula, la ira, la soberbia, la envidia, las malas costumbres, etc. Allí encontramos atentados contra la vida de los padres, casos extraordinarios como el del perversísimo Eleuterio Mirafuentes, quien, habiendo dado muerte a su padre, es castigado, milagrosamente, por la Virgen de Guadalupe; o el extravagante caso del joven Armando, quien, desobedeciendo a la madre, se va a un baile. En el camino se le aparece el demonio, disfrazado de hermosísima mujer vestida de blanco, y se lo lleva a los infiernos; o el caso de Antonio Sánchez, jugador que, habiendo perdido la

casa paterna, mata a su esposa, a su hijo y, a sus padres. El castigo de este malísimo sujeto se extiende hasta después de la muerte: su cadáver es destruido por una tempestad.¹⁰

Los anteriores ejemplos se ajustan perfectamente a la definición arriba mencionada: relato extraordinario, castigo milagroso de un mal sujeto. Para la época en que se publicaron —fines del siglo pasado— el ejemplo como género literario ya había obtenido una forma bastante estilizada, y muy pocas veces encontramos variedad alguna. Con el adelanto de las instituciones educativas, sin embargo, el ejemplo deja de tener una función válida, y por lo tanto tiende a desaparecer. En las anteriores líneas, aunque de manera bastante esquemática, nos hemos propuesto fijar el género y demostrar su rico abolengo. Esperamos que otros investigadores, con materiales más ricos, ahonden en el asunto, pues el tema lo merece, siendo el ejemplo una genuina manifestación del alma popular mexicana.

NOTAS

1 Gerardo Murillo. *Las artes populares en México* (México, 1922), II, p. 133.

2 Fr. Toribio de Benavente o Motolinía, *Historia de los indios de la Nueva España* (México, 1941), Trat. Segundo, Cap. Décimo, pp. 157-158.

3 Ver Motolinía, *Memoriales* (México, 1903), pp. 226-231.

4 Fr. Gerónimo de Mendieta, *Historia eclesiástica indiana* (México, 1870), pp. 388-389.

5 Fr. Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana* (Madrid, 1723), I, p. 325.

6 *Ibid.*, I, p. 620. Torquemada también introdujo, a fines del siglo XVI, los autos llamados *neixcuitilli*, que en mexicano significa *ejemplo*; se representaban los domingos por la tarde y duraron hasta fines del siglo XVII. No podemos afirmar que estos auto-ejemplos pertenezcan al género que nos ocupa, pues no conocemos ninguno de ellos.

7 Vicente T. Mendoza, *El Romance español y el Corrido mexicano* (México, 1939), pp. 119-120.

8 Este raro libro obra en poder de don Federico Gómez de Orozco, en cuya Biblioteca lo consultó el Profesor Vicente T. Mendoza, según lo indica en la p. 783 de su citada obra.

9 Esta cita y las anteriores están tomadas de la obra del Profesor Mendoza.

10 Ver. Gerardo Murillo, *op. cit.*, II, pp. 180-187.

A P O S T I L L A S A L T E M A

Por Vicente T. MENDOZA

En “El Milagro del Señor del Saucito”, con motivo de un suceso extraordinario en Pinal de Amoles encontramos:

Mirad, pueblo, qué lección
los del Pinal presenciaron,
que un hijo cruel y traidor
vuelto fiero lo encontraron.

En las décimas de “Marcela Morales” puede leerse:

Escuche todo viviente y
tome dechado de mí
que mi gloria la perdí
porque he sido delincuente.

En “Los Lamentos de la condenada” se consigna lo siguiente:

Fieles cristianos amigos,
vean con temor mis lamentos
y sirvanles de escarmientos
estos atroces castigos...

Hijos malos, despertad
a los gritos de mi voz
y a vuestros padres, por Dios,
rendidles veneración...

Aparecen en forma más clara los ejemplos en las valonas y décimas de los ajusticiados, tal vez porque siendo la ejecución misma la sanción pública de un delito cometido, los mismos delinquentes ponen de relieve la pena que van a sufrir para que sirva de escarmiento a los

En la literatura popular impresa en hojas sueltas a mediados del siglo pasado, entre las Décimas y Valonas de calamidades, hechos espeluznantes de ajusticiados y malhechores que encierran lecciones de moral o advertencias para evitar la muerte en el cadalso o llegar a un fin desastroso, encontramos numerosos ejemplos que comprueban la tesis de nuestro consocio Sr. don Luis Leal.

En la de los compadres que atrozmente viven sin temor de Dios se lee:

Hombre, refleja, no aguardes
verte en esta desventura,
mira la sentencia dura
que en este ejemplar se ha visto;
mira, viviente criatura,
cómo premia Jesucristo.

demás. En este género de literatura encontramos las siguientes expresiones:

Hombres, dejad la maldad...

*Evitad el precipicio,
mis deudos y mis amigos
y vengan a ser testigos
de mi afrentoso suplicio.*

*Padres, por vuestros hijos,
velad en su educación
y evitaréis la ocasión
con cuidados tan prolijos,
pues que la prostitución*

*al crimen los llevará
y Dios os castigará
si dáis mala educación.*

*Pues la ley me ha castigado
por vivir a rienda suelta*

*Sirva, amigos, de escarmiento,
los que me venís a ver,
pues ya van a fenecer
mis maldades y mi vicio
en un terrible suplicio
donde fin he de tener.*

*Hombre que vienes a verme
por una curiosidad,*

*advierte que la maldad
este fin es el que tiene.
Si sacar partido quieres
de mi muerte, te aconsejo
que te veas en este espejo
y huyas la mala ocasión...*

Y para concluir, en la despedida de "El desgraciado Antonio Lozano", se lee:

*Adiós, hombres descarriados,
adiós, hermanos y amigos;
teman de Dios los castigos
y no seréis fusilados.*

(Viene de la pág. 2)

que ejecutan los danzantes: "¿Ves? Van a matar un pollo y rociarlo con aguardiente". También están allí las autoridades municipales. Me aseguran que el Alcalde está enfermo por culpa de las infinitas reclamaciones que le han hecho los turistas descontentos. Las maniobras del camión serán hoy aún más difíciles que los días precedentes, pues ha llovido, y las enormes ruedas patinan en la tierra pegajosa.

Al fin, el tronco ya está alzado, e Isidoro, descalzo y con un pañuelo rojo en la cabeza, empieza a trepar sobre él, como un pirata que escalará el mástil de un barco para enarbolar en él su pabellón.

Las cuatro de la tarde. Cielo nublado, y una breve llovizna de tiempo en tiempo. El calor es sofocante, y se siente uno como en un baño turco. Llegan los amigos danzantes y me cuesta quedarme seria viéndolos disfrazados con sus bellos trajes. Los curiosos botines de color amarillo anaranjado, muy puntiagudos, que llevan todos, y que me habían sorprendido desde el primer momento, resultan francamente extraños junto al pantalón de raso rojo. A las pocas palabras que me dice Isidoro, advierto que está algo bebido, y con verdadera emoción lo veo dirigirse a tomar otro trago a la pequeña cantina del lugar.

Al fin, cuatro danzantes comienzan a subir por el palo y cada uno va a sentarse a un lado del cuadrilátero. Manipulan durante largo rato las cuerdas, que acaban por atarse a la cintura. Le llega luego su turno a Isidoro. Nunca lo había visto tan *en forma*. Anda en verdad con mucho aplomo; ya está muy lejos de ser el obrerito humilde y feo. Se trepa con agilidad a las tablas que sostienen el tronco por la base; pide un cortaplumas,

EL VOLADOR

con que se raspa los botines, sonriendo, y empieza a subir.

Ya en lo más alto, se sienta con mucha soltura en la diminuta plataforma. Arregla las cintas de su bonete para que no lo molesten y se pone a tocar el tambor y la flauta. Siempre sentado, se echa en seguida atrás, hasta tocar con la cabeza del cuadrilátero de madera. Se levanta y se inclina sobre el lado próximo, y así sobre los cuatro lados. El danzante que está bajo su cabeza cuando él se inclina, se extiende entonces sobre la tira de madera, que tiene diez centímetros de ancho, con la despreocupación de quien estuviera acostado en su cama. No puedo olvidar que se encuentran a 28 metros de altura, y siento vértigos.

Después de haberse inclinado hacia los puntos cardinales, Isidoro se pone de pie y baila acompañándose siempre con el tambor y la flauta. Da grandes taconazos, que resuenan a lo lejos, y se echa de pronto atrás con gran fuerza manteniéndose en un pie. Da saltos a gran altura sobre la plataforma. Se mueve siempre con la mayor desenvoltura. Al cabo de hora y media de danza, los hombres sentados en el cuadrilátero se lanzan al vacío y llegan a tierra girando alrededor del tronco como aves gigantes.

Es evidente que se trata de una danza simbólica y religiosa que debió estar fuertemente enlazada a un sistema de pensamiento desaparecido, acerca del cual sólo nos cabe hacer hipótesis. Para analizarlo, debemos por fuerza separarlo de su contenido vivo, que ignoramos, y así nunca lograremos otra cosa que hacer la autopsia de un cadáver.

Sin embargo, un fenómeno interesante de señalar — común sin duda a otras mani-

festaciones de la cultura indígena mexicana— es su puesto en la sociedad actual. Y es que sorprendemos esta antigua ceremonia en un momento de transición, que es importante captar. Después de siglos de vacío espiritual, llega a nosotros bajo una forma que, aunque asombrosamente pura, está como flotando en el aire, pues, desarraigada de las creencias originarias, no ha podido echar todavía nuevas raíces en la vida actual. No es imposible que algún día, a iniciativa de un dinámico empresario que asista por casualidad a ese espectáculo, el volador se modifique y se transforme en un número de circo o de cabaret. Entonces, cuando se le arranque definitivamente del pasado y se le integre en la vida actual, nadie se inquietará ya por averiguar su identidad.

Origen análogo podemos imaginar para muchas de nuestras diversiones. Tal o cual religión, prohibida a raíz de un cambio cultural, se encuentra de pronto al margen de una sociedad, en que nuevas creencias han venido a reemplazarla. El pensamiento destronado, aislado cada vez más, se va debilitando hasta ser una sombra de sí mismo, y muchas veces una caricatura de lo que fué en otro tiempo. Los ritos pierden el significado que los había hecho nacer, y prolongan su vida sin alma hasta el fin, o hasta que encarnan en un nuevo cuerpo de pensamiento. Es probablemente el camino seguido por el toreo. Ceremonia religiosa densa de significado, debió pasar por un largo período de crisálida después de haber caído en manos de quienes, al margen de la filosofía dirigente, quisieron continuar

honrando a dioses vencidos. Pero así separada del conjunto, una creencia, un ritual acaban, tarde o temprano, por morir. Hubo sin duda, en la corrida de toros, un momento de transición durante el cual estos juegos, vaciados ya de su carga simbólica, había pasado a ser marginal; es decir, que no lo practicaban sino unas gentes que estaban situadas en lo más bajo de la escala social y que lo conservaban por superstición: por ignorancia. Los que estaban en lo alto, cuando lo conocían, debían considerarlo como una reminiscencia bárbara. Si en ese momento un etnólogo, o cualquier otro detentador de la tradición, hubiese especulado sobre los orígenes del toreo, se habría sorprendido sin duda pues nadie conocía ya el significado de ese juego. Más tarde a alguien se le ocurrió algún día insertarlo en su propia sociedad, y el torero pasó, de aldeano desnutrido, a personaje mimado por las multitudes. La antigua ceremonia adquirió así nuevo esplendor.

Cuando el volador, que no puede desaparecer por su extraordinaria calidad, se transforme en número de circo, nadie pensará tampoco en sus antecedentes religiosos. El futuro Isidoro será un señor muy bien pagado, a quien rodeará la mayor admiración y los más exquisitos cuidados. Se le anunciará como ejecutante del número más peligroso, y en el instante en que llegue al extremo del palo —donde sólo permanecerá unos minutos, protegido por las redes— la orquesta dejará de tocar, y se hará alrededor del astro un silencio emocionante, subrayado por un redoble de tambor...

Cuando Isidoro bajó del tronco, la muchedumbre se había dispersado ya, y sólo unos niños se acercaron ruidosamente a él para hacerle bromas...